

Viv Albertine

“No puedes ser artista sin dañar a nadie”

POR KIKO AMAT

Viv Albertine (Sídney, 1954) es una de las figuras improbables del pop, y The Slits, su banda de cuatro mujeres, la más radical de la era punk.

The Slits eran todo lo no-rock que un grupo puede ser sin hacer canto gregoriano. Una amalgama de *dub*, pop, punk, baile Ubangui y discordancia que parecía no tomar un solo consejo del libro del rock y desmontó cada cliché de la industria. No fue divertido, pero sí excitante. Su memoria *Ropa música chicos* (Anagrama) habla con cruda candidez de lucha y pasión creativa en una vida sin domesticidad. Para ella, “feliz” es una palabra fea, “normal” un insulto. Interrogamos en Londres a la mente más despierta y la heroína más reticente del punk rock.

PREGUNTA. Los años cincuenta de su infancia se antojan más deprimentes que los setenta prepunk.

RESPUESTA. Nuestros padres habían vivido dos guerras, sus prioridades eran otras. Pero se nos pegó su austeridad. Nadie confiaba en acceder a un estadio de felicidad ininterrumpida. Yo no esperaba ser feliz. Esperaba tener una vida interesante. La felicidad está sobrealimentada. Es una expectativa falsa, o no del todo deseable. Un estado de sedación. Estar alerta me parece mucho más interesante.

P. De niña aprendió que el aburrimiento era energía, igual que la rabia.

R. Vengo de una familia de clase obrera, nada bohemia, sin dinero y sin libros. De mi madre solo heredé la rabia. Su generación fue aplastada, tuvieron que abandonarlo todo. No las dejaban ni trabajar. Solo podían ser amas de casa y criar niños. La segunda ola feminista nació de su amargura. Yo solo tenía la rabia de mi madre y mi propio aburrimiento [sonríe]. El cabreo era mi gasolina.

P. Un artista debe estar cabreado.

R. Los hombres siempre lo han tenido mejor; podían hallar a una pareja que se conformase con ser la musa. A la mujer siempre se le dice que no debe dañar a los niños, que no debe dañar al hombre, a sus padres... Pero no puedes ser artista y no dañar a nadie. Aún diría más: para ser artista tienes que ser un poco desagradable. Tener una visión afilada. Y todo eso no encaja con lo que se espera de ti como mujer.

P. Uno desea que sus hijos crezcan estables, pero a la vez sabe que solo los neuróticos y maltratados crean arte válido.

R. A la mierda el arte. A lo largo del último siglo la clase obrera ha marcado el ritmo visual, del pop y de casi todo. Ahora son los hijos de las clases altas los que marcan el ritmo, pero nunca harán arte rebelde, porque son los hijos de los gobernantes. Nuestros hijos serán ayudadores, facilitado-

La cantante y guitarrista de The Slits, la banda femenina más radical de la era punk, publica *Ropa música chicos*, la crónica personal de su vida antes y después del punk. Lucha, discos, droga, autogestión y feminismo



Viv Albertine, en Londres. KEVIN CUMMINS (GETTY IMAGES)

res. Todo eso de subir a un escenario y hacer poses con la guitarra... Es patético. Si yo tuviese 17 años no pensaría que lo radical es estar en un grupo. Me parecería la opción más cómoda y aburrida. Preferiría ser un activista, o un abogado de derechos humanos...

P. El mundo de las Slits era uno donde un colega punk podía venir a decirte: “Nosotros también queremos a un pibón en la banda”.

R. [Ríe] Pobre Paul Weller. Y él era buen tío, nada abusón ni grosero. Es un buen ejemplo de lo arraigadas que estaban ciertas costumbres. Todos los chicos con los que salí tenían algún comentario que hacer sobre mi cuerpo: “Tienes el típico cuerpo de pera inglés”, “tu nariz esto”... Al final estás tan cohibida que ni te atreves a desnudarte. Los chicos de hoy son mucho más considerados. Pero aquella mierda asesina mi sexualidad. Me agotó.

P. En casi todas las fotos de la banda aparece preocupada o triste.

R. Las Slits estuvimos juntas menos de siete años, y aún me siento exhausta. No tuve un momento de gozo. Inspiración sí, satisfacción artística también, pero nunca alegría. Quizás si me hubiese dedicado a la búsqueda de la

felicidad la habría hallado, pero quería retos. Por eso al ver a los Pistols pensé: he aquí algo que yo podría hacer. Son igual que yo, solo que chicos. De clase obrera, de la misma zona, mismos colegios, mismas voces, misma falta de títulos, misma poca pericia musical. Vi que no tenías que ser una cantautora glamurosa como Joni Mitchell o una rockera sexy como Suzi Quatro.

P. John Lydon, de Sex Pistols, ayudó a vencer complejos, con su inseguridad y timidez.

R. Y se estableció una cadena. Nosotras adoptamos ese papel para otras chicas. No éramos glamurosas, ni ricas, ni intelectuales. No éramos la jodida Laura Marling, que es hija de un conde. En el libro traté de desmontar mi “leyenda”, para que cualquier transexual de clase obrera viese que no hace falta ser un guay de nacimiento.

P. Cuando empezaba a tocar se planteó: “Cómo sonaría yo si fuese un sonido de guitarra”.

R. Los grupos de chicas del punk eran mucho más radicales que los de chicos. Ellos todavía pensaban en Buddy Holly, en Keith Richards... Por mucho que estuviesen en el punk tenían esos

modelos a seguir de los que no podían zafarse. Nosotras no. Nunca copiamos a los hombres. Tuvimos que inventar otro lenguaje, porque no existía. Sid y Lydon siempre habían soñado en ser *rockstars*. Estudiaban los ritos del rock and roll. Eran los niños que se vestían como Bowie e imitaban a Bolan. Pero las Slits no éramos así. Nacimos de la más absoluta nada, sin ningún bagaje de rock. Y Ari Up [voz] era tan joven... Era alemana, había pasado la infancia en un internado. Era como una niña salvaje. Como Kaspar Hauser.

P. En su entorno no había una sola personalidad "estable".

R. Éramos gente rara, veníamos de familias jodidas. Gravitamos hacia el punk porque era el único sitio que nos aceptaba. Todos padecíamos trastornos de personalidad. Ahora se dice "apareamiento concordante". Significa que un determinado tipo de personas se juntan por un factor determinado. Acabamos en la tienda de Malcolm [McLaren] y Vivienne [Westwood] porque éramos gente dañada.

P. Siempre he visto el punk americano como una cosa más enrollada, más rock and roll. Mientras que el punk inglés nació de un puñado de niños vírgenes y patizambos.

R. Opino lo mismo. El punk americano es una cosa distinta. Era gente mucho más sofisticada y callejera. Navajas automáticas, chupas de cuero. En los Ramones había chaperos, por ejemplo. En sus círculos abundaban las prostitutas y la heroína. Patti Smith venía de la poesía. El punk inglés, en comparación, era muy inocente.

P. Durante una época ejerció de madre las 24 horas. ¿Cómo aguantó tanto tiempo fingiendo ser normal?

R. [Ríe]. Me sentí un fraude. No comprendía cómo aquella gente tan centrada podía dejar que sus hijas se quedaran en mi casa. Me esforcé para parecer normal, para que mi hija tuviese amigas y nadie pensara que era una friqui... Pensé que si nadie se enteraba de que yo era la de las Slits, las madres de las amigas de mis hijas las dejarían quedarse a pasar la tarde. Me sentía forzada a ser doblemente buena.

P. Su vida tiene golpes de suerte y mala suerte. Creación y maternidad se alternan con cáncer y abusos.

R. Creo que es otra consecuencia de haber crecido en una familia disfuncional. Tiendo a gravitar hacia la dificultad. Como si me sintiese atraída por las naturalezas abusivas. Supongo que es mi falta de autoestima. Nunca crees que merezcas algo, así que acabas mezclándote con lo peor. No culpo a los demás. Tampoco a mí. No se trata de que todos sean malos, sino que yo no sé escoger a los buenos. Es otra de las razones para no buscar pareja.

P. Es un libro muy honesto.

R. He hecho las paces con mi destino. Mi padre, mi hermana y yo estamos en el espectro autista. A mi padre le zurraban porque creían que era tonto. Ni siquiera a Ari Up, que era Asperger total, la trataron como tal. En los setenta no existía el término. Eras raro y ya está. O antipático. La investigación del autismo en chicas está aún muy poco avanzada, pues cuesta más detectar los casos. Las mujeres saben cómo camuflar sus taras, cómo comportarse en público. Han ocultado sus patologías durante décadas.

'Ropa música chicos'. Viv Albertine. Traducción de Cecilia Ceriani. Anagrama, 2017. 528 páginas. 24,90 euros.

Un momento de la representación de *Ushuaia*.

JAVIER NAVAL

“
Ahora son los hijos de las clases altas los que marcan el ritmo, pero nunca harán arte rebelde porque son los hijos de los gobernantes”